



HAY que reconstruir la decoración suntuosa en que floreció ese drama de gloria. La España conquistadora de Fernando V y de Carlos V; de Fernando que llevó los pendones leonados de Castilla hasta hacerlos flamear en los minares de Córdoba y Granada; de Fernando que vió volver cargadas de oro las carabelas descubridoras de un mundo; de Fernando que soltara cual jauría de leones á sus grandes aventureros, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Alonso de Ercilla y Zúñiga, Vasco Núñez de Balboa, á conquistar tierras que esperaran la salida del sol que no había de ponerse jamás durante tres centurias; y de Carlos V que bien pudo llamarse Karolus Magnus Hispanicus; de Carlos V aclamado en Aquisgrán emperador de un gran imperio germano; de Carlos V que había de hacer su entrada triunfal en Amberes entre mujeres desnudas, de las que da testimonio el insigne Albretch Dürer: "*Ego quia pictor aliquantulum irreverencundius circumspexi*", (como yo soy pintor, las podía mirar sin escrúpulo), homenaje no rendido desde los césares romanos sino al César hispano dueño y señor del mundo, y que inmortalizado en un lienzo había de hacer la gloria del divino loco Hans Mackart; esa España conquistadora que había sostenido su grandeza merced á la voluntad de hierro de Felipe II, el Taciturno, y á las proezas de sus grandes capitanes Gonzalo de Córdoba, Don Juan

de Austria, Alejandro Farnesio y el Duque de Alba; esa misma España, digo, había llegado al período más hermoso del día, que es la puesta del sol.

Felipe IV, después del reinado militar de sus abuelos, hacía el reinado intelectual de España. Su corte era un perpetuo juego floral. Artistas-poetas, artistas-pintores constelaban de piedras preciosas la diadema de la coronada Madrid. El Siglo de Oro de la Literatura Española conquistaba tan glorioso nombre en los anales de los Siglos. El Rey quiso ensayar comedias y llamó á Calderón y á Lope; el Rey quiso ensayar pinceles y llamó á Velázquez y á Rubens; el Rey quiso orar y llamó á Fray Luis de León; el Rey quiso reir y llamó á Quevedo. En reto á los validos surgieron nobles emulaciones de gloria, y los genios y los ingenios se llamaron Cervantes, Góngora, Moreto, Tirso, Rueda, Rojas.

Los soles arrastraban planetas y los planetas satélites. La corte era un torneo del talento en el que cada caballero traía su séquito blasonado con su divisa. Las princesas por quienes los justadores rompían lanzas eran la Belleza y la Gloria. El supremo ideal en nombre del cual libzaban era el Arte. ¡Debía ser por tanto España la primera nación del Siglo de Oro!

Los últimos esplendores de la España armipotente se condensaban en una radiación de intelectualidad portentosa: era el proceso inexorable del atavismo por el cual un abuelo batallador engendra hijos cerebrales, que á su vez engendrarán hijos degenerados. Y España estaba en la eflorescencia exquisita del segundo espléndido periodo de su historia escrita á